

bien, que me conceda lo que el mas grande de sus predecesores concedió al mas inferior de mis vasallos, y estoy contento.”

Esta proposicion capciosa y vaga no dejaba de ser muy especiosa sobre todo en boca de un Rey. Gritaron de todas partes que el Príncipe se humillaba hasta esceder los limites de toda condescendencia, y que el arzobispo debia estar muy contento. Tomás, experimentado en los negocios y acostumbrado en particular á penetrar el espíritu falso de Enrique, conoció toda la malicia de este lazo, y permaneció en silencio con un aire de sobresalto y de perplegidad. El Rey Luis le dijo como agitado: „ Señor arzobispo, ¿quereis vos ser mejor que los Santos? Ahí tenéis la paz, solo se trata de aceptarla. Príncipe, le respondió, mis predecesores fueron sin disputa mas beneméritos que yo. Pero si se les escapó alguna debilidad, ¿deberá esta servirme de modelo? Condenamos á Pedro cuando niega á Jesucristo; y cuando resiste á Neron con peligro de perder la cabeza, es digno de nuestra imitacion y de nuestros elogios. No hay egemplo ni razon que me induzcan á sacrificar la gloria de Dios para ganar la gracia de un hombre.” Una virtud tan pura y tan relevante no gustó á persona alguna. Los grandes de ambos reinos se levantaron contra él, y dijeron entre sí con indignacion casi uniforme, que merecia que los dos Reyes le abandonasen.

Estos Principes montaron prontamente á caballo uno y otro, y partieron sin saludar al arzobispo. La

tristeza y la incertidumbre estaban pintadas en todos los semblantes, á escepcion del Rey Enrique que no pudo disimular su bajeza y maligna satisfaccion, diciendo al volverse: hoy en fin me he vengado del traidor. El Rey Luis caminaba triste y taciturno, seguido del arzobispo, á quien no dió la mas leve señal de atencion, y aun cesó de suministrarle por espacio de algunos dias la subsistencia ordinaria. Al llegar Tomás á Sens, y no habiendo disposicion de que las cosas mudasen de aspecto, los compañeros de su suerte enteramente perturbados le preguntaron á dónde se retirarian. Él les respondió tranquilamente y con rostro alegre: „solo desean mi persona; luego que yo os deje, no os perseguirán mas. Me entrego en manos de la Providencia. Dicen que hácia el Saona, en Borgoña y en Provenza, son muy humanos los habitantes; yo iré hasta allí á pie del mejor modo que pueda, acompañado únicamente de uno de vosotros cualquiera que quisiere seguirme: tal vez se apiadarán de nosotros, y nos darán con que poder vivir hasta que Dios provea de otro modo.”

50. Continuaba hablando todavía, cuando se presentó apresuradamente un oficial de la corte á decirle que el Rey le llamaba. Uno de los asistentes dijo: esto es para estrañarnos del reino: vos no sois profeta, le dijo el arzobispo, no os metais pues á hacer predicciones. Habiendo llegado á la presencia del Rey, le hallaron sentado, la cabeza inclinada, y el rostro triste y pensativo. No se levantó como lo tenia de costumbre á recibir al prelado, y le convidó con

frialdad á que tomase asiento. Todo les parecia un agüero funesto en el cual se les anunciaba á lo mas algun resto de piedad y alguna dificultad en desterarlo. Pero sus congeturas distaban mucho de lo que pasaba en el alma sensible de este Príncipe. En toda la estension de los caminos que conducen desde Montmiral hasta Chartres, vió á los pueblos salir al encuentro del santo arzobispo, postrarse al tiempo que pasaba, y mostrársele unos á otros diciendo: aquel es á quien el amor de los Reyes no ha podido hacer que abandone el de Dios. Todo esto le habia escitado á hacer profundas reflexiones, que no le permitia su candor conservar por mas tiempo en secreto. Se levanta como enagenado, se arroja á los pies del Santo, el cual se inclinó por su parte para levantarle, y vertiendo lágrimas, entre sollozos y gemidos, le dijo estas palabras que apenas podia articular: „vos teneis el espíritu de Dios, padre mio, y vos solo conoceis bien las cosas: nosotros somos todos ciegos que os aconsejamos sacrificar el honor de Dios á la voluntad de un hombre. Me arrepiento, padre mio, me arrepiento con amargura, y os suplico me perdoneis. Aquí teneis mi persona y mi reino; estoy resuelto á esponerlo todo por Dios y por vos. Entanto que me haga la gracia de concederme la vida, jamás os abandonaré ni á vos ni á los vuestros.”

En efecto, desde este momento fue inviolable la proteccion de Luis á favor del confesor, á pesar de las conjuraciones y amenazas con que continuó en vano el Rey de Inglaterra. Y estrechándole este mas

vivamente por medio de sus enviados: „id, respondió Luis, y decid á vuestro amo que si no quiere abandonar las costumbres que pretende tener de sus antepasados, aunque se creen contrarias á la ley de Dios, menos quiero yo perder el derecho propio y el mas apreciable de mi corona. De tiempo inmemorial está la Francia en posesion de proteger la virtud desgraciada, y de abrir su seno á los que son perseguidos por la justicia. Yo he recibido al arzobispo de Cantorberi de manos del Papa, único superior que reconozco en la tierra; no hay Rey, ni Emperador, ni poder alguno en el mundo que sea capaz de hacermele abandonar. (1).”

51. En este tiempo vivia en Inglaterra un santo ermitaño llamado Godrico. Este era un hombre sencillo y sin estudios, hijo de padres pobres, y que se dedicó desde luego á un comercio poco importante (2). Despues renunció al mundo, y fue á pie descalzo en peregrinacion á Roma y á Jerusalem; y en fin, se retiró á un desierto en el distrito de Durham. Allí en medio del bosque cultivaba un pequeño campo, del cual sacaba para su subsistencia, y para egercer la hospitalidad. Su mortificacion era increíble. Por espacio de cuarenta años llevó una camisa de malla debajo del cilicio, y por encima un hábito de lana tosca. Su alimento consistia en un poco de pan de cebada mezclado con ceniza, y en algunas yerbas insípidas que conservaba cocidas ó arrolladas en forma de pelotones. No hablaba mas que tres veces

(1) *Lib. 3. ep. 79.* (2) *Boll. tom. 16. ad 21. Maji.*

en la semana para edificación de aquellos que iban á visitarle: desde la septuagésima hasta la octava de Pascua, como igualmente durante el adviento, no profería una sola palabra.

Habiendo ido á verle un monje de Westminster, poco tiempo después de la elevación de Tomás á la silla de Cantorberi, Godrico le habló del nuevo arzobispo. „¿Le conocéis vos, padre mio, le preguntó este religioso? Jamás le he visto con los ojos del cuerpo, respondió Godrico, pero muy bien con los del espíritu. Si se presentase delante de mí, le distinguiría entre dos mil personas.” Penetrado el monje de admiración y de una especie de temor, no se atrevió á preguntarle más. „Saludadle de mi parte, continuó el solitario, y decidle que no abandone su designio, que es agradable á Dios. Esperimentará violentas contradicciones, le echarán de su iglesia, permanecerá largo tiempo fugitivo en país extranjero: mas después de esta penitencia, volverá á entrar en su silla con más honor que antes.” Esta predicción fue referida al arzobispo, el cual se encomendó á las oraciones de Godrico. Algunos meses después sucedió la desgracia del prelado.

Pareciéndole más distante que nunca el fin de su destierro, después de la conferencia de Montmiral, envió secretamente á saber de Godrico cuando se acabarían sus males. El enviado estuvo cerca de ocho días sin poder lograr que el solitario le abriese la puerta verosíblemente á causa de la cuaresma, pues era en el mes de Marzo; mas en fin, el varón de Dios

le abrió, y le dijo: „decid á vuestro maestro que no tardará en recobrar la gracia del Rey, que será restablecido con honor en su iglesia, y que la alegría de los pueblos sobrepujará al dolor que les ha causado su destierro. Es verdad que esta ceremonia pasajera concluirá con una violencia y una atrocidad espantosa; pero entonces Godrico ya no existirá en la tierra. Decidle además y repetidle, que dentro de nueve meses se verificará todo cuanto anuncio de su persona.” Murió Godrico en el mes siguiente, no menos celebrado por otras muchas predicciones que hizo (cuyo cumplimiento confirmó su verdad) que por sus muchos milagros.

52. En fin, en el mes de Julio se hizo la reconciliación entre Tomás y su Soberano. Este Príncipe que temía sobre todo ver su reino sujeto al entredicho, previno al Papa, á quien escribió lo que quiso, y aun logró corromper al primer ministro de otra legación que le había enviado Alejandro. El arzobispo por su parte escribió á Roma con la firmeza conveniente á la causa que sostenía; y ya la verdad se había manifestado con evidencia á los ojos del Pontífice. Graciano y Viviano, dos legados incorruptibles enviados en su consecuencia, desconcertaron todas las tramas de Enrique. Tomás por otra parte en virtud de su noble título de primado de Inglaterra y de legado de la santa Sede, hacia vibrar sobre este reino los rayos de la Iglesia desde el seno mismo de la Francia, con tanta resolución como si estuviese sentado en su silla con todo el esplendor de su primera glo-

ria. Su celo debió estenderse todavía á corregir una nueva culpa que el Rey acababa de cometer contra el derecho constante de la iglesia de Cantorberi, haciendo consagrar á Enrique su hijo primogénito por el arzobispo de York. El mismo Rey Luis se creyó insultado de que su hija prometida al jóven Príncipe no hubiese sido coronada con él.

Para salir de tantas dificultades, declaró Enrique que queria hacer la paz con el arzobispo segun el plan que el Papa habia dado. Debiendo imponerse el entredicho en sus estados dentro del término de cuarenta dias si no se determinaba, envió con gran diligencia por Tomás, y él mismo fue en persona hácia el 20 de Julio á los confines del pais de Chartrain y de la Turena, donde habia de tratar al mismo tiempo con el Rey de Francia. Tomás llegó el 21, y al siguiente, dia de la Magdalena, compareció el Rey de Inglaterra muy de mañana en el lugar señalado con una corte numerosa. Llegó en seguida el arzobispo acompañado de señores franceses de la comitiva de su Rey. Luego que el Rey Enrique descubrió á Tomás, se separó de los suyos, salióle al encuentro, y le saludó el primero con la cabeza descubierta. Diéronse la mano, se abrazaron desde el caballo, luego se retiraron á parte, y se esplicaron amigablemente con tantas demostraciones de franqueza como si nunca hubieran estado divididos; lo que sorprendió de un modo agradable á los espectadores, y los enterneció hasta hacerles derramar lágrimas. El mismo Rey se manifestó muy enternecido á los con-

sejos paternales del arzobispo. Los escuchó no solamente con sumision, sino tambien en ademan de contento: prometió seguirlos y aplicarse seriamente á corregirse. No obstante, dijo el Rey, por lo que hace á aquellos que han hecho traicion á vos y á mí, los trataré como merecen. A estas palabras el prelado bajó del caballo para echarse á los pies del Rey; mas el Rey asiendo del estribo le obligó á montar otra vez, y derramando lágrimas, añadió: „en fin, señor arzobispo, volvamos á nuestra antigua amistad, hagamos todo el bien que podamos, y olvidemos enteramente lo pasado.” Y para cerrar la boca á todos aquellos que fomentaban la division, se acercó á los que le acompañaban, y dijo en voz alta: „señores, he hallado en el arzobispo todas aquellas disposiciones que se podian desear; si por mi parte no procediese bien con él, seré el mas detestable de los hombres, y acreditaré la verdad de todo el mal que se dice de mí. No me queda otro partido que tomar mas que el de estudiar el modo de aventajarle en la amistad y en los buenos oficios.” Todos lo aplaudieron con vivas aclamaciones, fue decretado que el Rey volveria á su gracia al arzobispo, que le daria paz y seguridad á él y á los suyos, que restituiria la iglesia de Cantorberi y las tierras de su dependencia; y en fin que repararia el atentado de la consagracion de su hijo. Tomás por su parte prometió el amor, el honor y todo el servicio que un arzobispo puede hacer segun Dios manda á su Soberano: despues de lo cual no pensó en mas que en volver á su igle-

sia, estando el Rey todavía al otro lado del mar: Hizose preceder de algunos de los suyos, los cuales mal recibidos del jóven Rey y de sus ministros, escribieron al arzobispo que no partiese hasta que la paz estuviese mejor asegurada. Los usurpadores de los bienes de su iglesia y sobre todo algunos prelados escomulgados, se manifestaron horriblemente irritados contra él. Algunos furiosos se habían gloriado en presencia de muchas personas de que le quitarían la vida antes que hubiese comido un pan entero en Inglaterra. Así nos lo manifiesta el Santo en la última carta que escribió al Rey su señor (1). En su consecuencia, su primer pensamiento fue presentarse de nuevo á este Príncipe para lograr mayor seguridad; pero urgiendo luego la necesidad de la iglesia de Cantorberi, como lo dice en la misma carta: „iré, señor, prosigue, y moriré antes que dejar perecer á esta iglesia desgraciada. Conozco todo cuanto arriesgo si no tomáis medidas eficaces y prontas; pero bien sea que yo viva ó que muera, siempre soy vuestro fiel vasallo, y ruego al Señor derrame sus bendiciones sobre vos y vuestros hijos.”

53. Al llegar á Ruan con el designio de embarcarse, supo que sus enemigos, entre los cuales se hallaban el arzobispo de York, los obispos de Londres y de Salisburi, estaban ya en Douvres para salirle al encuentro, amenazando altamente que le cortarían la cabeza si pasaba adelante. Algunos amigos intentaron de nuevo detenerle, y les respondió: „veo

(1) *Lib. 5. ep. 54.*

la Inglaterra, y entraré en ella si es la voluntad de Dios; aunque sé ciertamente que voy al martirio.” Con todo, en lugar de ir á Douvres donde le aguardaban sus enemigos, abordó al puerto de Sandwich, distante solo seis millas de Cantorberi. Los gentileshombres que acompañaban á los tres prelados, salieron inmediatamente de Douvres, y se dirigieron armados al buque donde estaba el Santo. Por fortuna había ganado los pasos un puebló innumerable que cubria la ribera, gritando: *¡ Bendito sea el que viene en el nombre del Señor! ¡ Bendito sea el padre de los huérfanos y el apoyo de las viudas!* Los unos lloraban de alegría y los otros de compasión: la multitud se postraba en el camino por donde había de pasar, y muchos se adelantaron metiéndose en el agua para ser los primeros en recibir su bendición. Habría sido arriesgado insultarle en medio de tantos admiradores, de los cuales una gran parte tomó la precaucion de armarse en su defensa. Dejéronle llegar tranquilamente á Cantorberi, donde fue recibido con iguales aplausos.

Algunas semanas despues de su arribo, subió al púlpito el dia de Navidad, y al fin del sermón predijo su muerte cercana, lo que hizo derretirse en lágrimas á todo el auditorio. Inmediatamente con un aire inspirado y tomando el tono de la indignación, habló fuertemente contra los enemigos de la Iglesia, y escomulgó á los obstinados en general nombrando algunos. Los obispos de Londres y de Salisburi, que estaban ya escomulgados y hacían los mayores es-

fuerzos para obtener su absolucion, perdieron entonces toda esperanza de conseguirla, y partieron juntos con el arzobispo de York para ir á Normandía á dar sus quejas al viejo Rey. Dijéronle que Tomás haciendo un abuso enorme de su indulgencia habia alborotado todo el reino despues de su regreso: que no cesaba de usar de invectivas y de censuras contra aquellos que él llamaba enemigos de la Iglesia, y que se mostraba sobre todo implacable con los que habian tenido parte en la consagracion del jóven Rey. Por los ojos de Dios, exclamó el Príncipe, si todos los que han participado de la consagracion de mi hijo están escomulgados, lo estoy yo tambien; y dió otras mil señales de una cólera desenfrenada.

Sin ser malvado Enrique apenas se le conocia en los primeros movimientos de esta pasion; pues tanto en acciones como en palabras, se abandonaba á unos excesos indignos aun de la condicion mas ordinaria. Un dia quiso arrancar los ojos y llenó de sangre el rostro de un hombre porque le trajo una carta desagradable. En otra ocasion llenó de injurias indecentes á un señor que indicaba interesarse por el Rey de Escocia, tiró su gorro, rasgó sus vestidos, descubrió su cama, y le asió con los dientes al modo de un frenético ó un insensato. Quejas, baldones, imprecaciones, amenazas aun de muerte, eran su estilo ordinario en la mas leve contradiccion que experimentase. Incitado pues contra Tomás por tres obispos, empezó á maldecir á aquellos á quienes habia colmado de beneficios, y profirió en fin estas pa-

labras fatales que le causaron tan largo arrepentimiento. *¿No se hallará alguna persona capaz de vengarme de un sacerdote que alborota todo mi reino?*

54. Inmediatamente cuatro gentiles-hombres de palacio llamados Rainaldo, Hugo de Morville, Guillermo de Traci y Ricardo de Breton, se retiraron juntos, tuvieron su conciliábulo la noche de Navidad, corrieron á embarcarse, y el viento les fue tan favorable que llegaron el dia de Inocentes cerca de Cantorberi. Entraron al dia siguiente en el palacio del arzobispo, y le intimaron amenazas terribles si no levantaba las censuras. Respondió tranquilamente, que al Papa correspondia desatar lo que él habia atado; y sin dar oidos á mas se fue á la iglesia para cantar visperas. Apenas entró en ella cuando se presentaron los cuatro conjurados con otros que les seguian, cubiertos de armas y con espada en mano. El clero quiso cerrar la puerta, mas el arzobispo les dijo: *esta es la casa del Señor, cuya entrada no se cierra como la de un campo.* Volviéndose luego hacía los conjurados les prohibió de parte de Dios hacer mal alguno á los suyos. Hizo en seguida esta oracion en voz alta: *me encomiendo, junto con la causa de la Iglesia, á Dios, á la Santa Virgen, á los santos patronos de esta iglesia, y al mártir San Dionisio.* Estas fueron sus últimas palabras, las cuales concluidas se puso de rodillas delante del altar, las manos juntas y los ojos elevados al cielo. Recibió cuatro golpes en la cabeza, de donde saltó el cerebro sobre el pavimento, y sin dar un grito ni hacer el mas leve